

La partida de un poeta.

La existencia humana ha mutado desde sus orígenes en que lo que se aspiraba era a sobrevivir a la actual, donde se compite para poder abarcar lo máximo posible, quitándoles a otros lo que también quieren para sí. Esto nos lleva a una vorágine de situaciones que tratamos de controlar y que muchas veces se nos escapa de las manos y nos impide ver los verdaderos horizontes.

Es así como vivimos atolondrados, descuidados de la conducción, de la familia, de los amigos o del entorno. Perdemos de vista el paisaje entre tanto cemento, ruidos o responsabilidades y casi nadie percibe un buen amanecer o el canto de un solitario pájaro en alguna rama cercana. Ello es caldo propicio para los que viven al margen y observan donde pueden poner su veneno.

Si no fuera por los poetas que nos ayudan a descubrir y relevar la importancia de estos pequeños detalles, estaríamos cayendo en un abismo desenfrenado y carente de sentido. Sus palabras unidas con gracia compleja nos obligan a parar y reflexionar lo que quiso decir, lo que vio o sintió en el momento en que lo escribió, lo que su alma inspirada quiso transmitir. Crear poesía es para ellos la proyección de una manera de vivir, de caminar sobre las aguas, de oler las hojas secas, de gozar del frío en los lagrimosos ojos, de ver en un ojal mucho más que un botón. Por ello nos llevan mucha ventaja, toda vez que, sean ellos o nosotros creyentes o no, serán los que alimentarán los espíritus de aquellos que partieron antes.

Hace unos días inició su larga partida don Marino Muñoz Lagos que, desde nuestra perspectiva, transitó por las calles estrechas de la vida y que se detuvo ante cada puerta que encontró abierta, entendiendo en la humildad de su vida, que cada una de ella albergaba personas, realidades o sufrimientos dispuestas a ser conocidas, reconocidas o sanadas.

Dejó huella. Sí, pero no como la imaginamos: el dibujo de un pie sobre la arena. Su huella es una estela en el Mar de la Eternidad, aquella que dejan los barcos al emprender el rumbo. Esa estela no se borra nunca, pues a diferencia de la arena que la borra el viento, la lluvia o el mar, esta se extiende como una pequeña ola hasta el infinito de los océanos y de los tiempos, mezclándose con millones de otras estelas más, formando una sinfonía de conversaciones que hacen que nuestra existencia tenga verdadero sentido.

¡Cuántos son los que pasan por esas mismas estrechas calles de la vida y que transitan por una vereda sin atreverse, siquiera, a entrar en una puerta abierta!